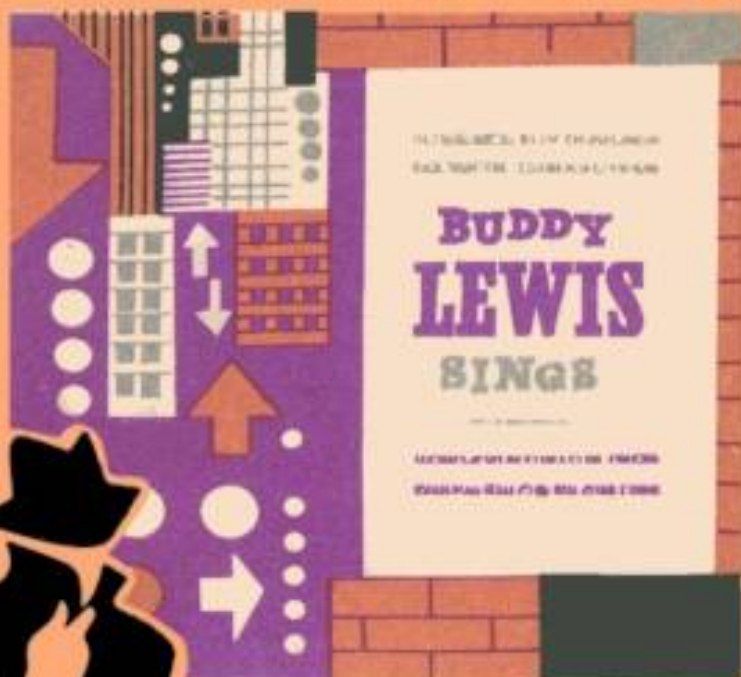


CLUB DEL MISTERIO

WILLIAM ARD



**LAS RAICES
DEL MAL**

38



Todo empezó porque Buddy Lewis, cantante de un "night-club", quería pagar una deuda de juego. Llamó a Timothy Dane, un tipo rudo, y le entregó ¡cien mil dólares! para que los llevara a destino. A Dane le pareció que el trabajo era fácil. Pero pronto descubrió que se había apresurado a juzgar. A los cien mil dólares se agregó una bailarina, a la que también era necesario cuidar. Mucha gente empezó a interesarse por la bailarina... y por los dólares. Y al margen de cualquier otro interés, otros muchos se ocuparon del conjunto, es decir, de LAS RAICES DEL MAL.

ORDEN DE APARICIÓN *de los personajes*

HARLAND BURKE, *fabrica armas... pero no las usa*

CORONEL RAFAEL GÓMEZ, *en busca de una revolución a su medida*

LUIS MÁXIMO, *un cónsul como –por suerte>– hay pocos*

JOHN CASHMAN, *soluciona todo rápidamente, a tiros*

BUDDY LEWIS, *canta, pero no es feliz*

TIMOTHY DANE, *si no fuera por él, nada hubiera ocurrido*

BERNIE KING, *alguien que sabe qué tiene entre manos*

Lissa, *si no fuera por ella, este libro carecería de encanto*

HARRY BROWN y FRED KELLER, *¿qué sería de uno sin el otro?*

CAPÍTULO PRIMERO

1

Aquel grabado a cinco columnas enterrado en la cuarta sección de la edición dominical del *Tribune* de Miami era algo más que de pasajero interés para varias personas que raramente leían un diario de Florida, con excepción de la sección sociales.

El discreto pero conciso epígrafe decía: “Baile en Palm Beach en honor de un dignatario latinoamericano” y se identificaba a las cinco personas que aparecían brindando con champaña en la fotografía: el señor Harland Burke y señora, que habían dado el baile; el coronel Rafael Gómez, huésped de honor, y el señor Luis Máximo y señora. Respecto del coronel Gómez se decía, además, que era jefe de Estado Mayor del Ejército de su país, en visita de buena voluntad, y que Luis Máximo era el cónsul con asiento en Miami. El diario no decía –tal vez porque esas cosas carecen de importancia para el jefe de la página de sociales de un diario– que Harland Burke era presidente del directorio de la Corporación Burke de Armas y Municiones.

Foto de Preston, ponía fin al epígrafe y el señor Preston quedó profesionalmente encantado con el resultado, en especial respecto de los reflejos que había logrado arrancar del uniforme pleno de medallas que vestía el coronel y por la simetría de las copas de champaña en alto, cuatro de ellas extendidas hacia el huésped de honor, el coronel, que modestamente sostenía la suya a la altura del primer botón de su chaqueta azul. Preston, con mucha habilidad, había sacado la foto a primeras horas de la noche (cuando

todos tenían aún la mirada despejada y cuando aún había tiempo para que apareciera en la primera edición), pero si se hubiera quedado en la espaciosa casa de invierno de los Burke, habría logrado otra instantánea del dueño de casa y de su importante huésped que *Time* y *Life* hubieran pagado al mayor precio. Pero ésta es una apreciación capciosa que no haría justicia al señor Preston, que se gana cómodamente la vida en la Costa de Oro sin conquistar ningún premio Pulitzer.

Y por lo que se refiere al baile dado por la señora de Burke, tuvo el opaco éxito que todos ellos alcanzan. Nadie se descompuso ni nadie fué empujado dentro de la fuente y todas las señoras se fueron con el mismo acompañante con el que habían llegado. Los esposos Máximo, enfrentados con el viaje de regreso a Miami, se fueron en su Imperial con chofer poco antes de medianoche. Eso dió comienzo a un éxodo general y a eso de la una y treinta el coronel Gómez dió cortésmente las buenas noches a sus huéspedes y subió la escalinata hacia la habitación que le habían destinado para el fin de semana. Una hora después de esto, hasta los sirvientes estaban dormidos; entonces Harland Burke dejó su cama y golpeó muy suavemente a la puerta de Gómez. El coronel hacía ya mucho que se había librado del vistoso uniforme azul, pero lo sorprendente era que se encontraba en ese momento ataviado con un severo ambo oscuro, corbata oscura y camisa de civil. También Burke había cambiado la corbata blanca y las colas del frac por un traje de franela gris. Además, llevaba un portafolio.

—Temía que se hubiera quedado dormido —dijo Gómez con el tono de voz vigoroso, de acento americano, que había adquirido en West Point, pero que en nada se asemejaba al tono que un oficial y caballero hubiera usado para con su generoso huésped.

—Por supuesto que no me dormí —dijo Burke, poniéndose tieso como un verdadero presidente de directorio.

–Pero bebió una buena cantidad de whisky –le dijo rudamente Gómez, y la acusación amansó a Harland Burke.

–Estoy perfectamente bien –dijo protestando–. Después de todo, se supone que deba beber con mis invitados...

–¿Nos está esperando el coche de él? –dijo el coronel, interrumpiéndolo.

–Nos está esperando en la salida de atrás. Bajaremos por la escalera trasera y pasaremos por los garajes.

Burke abrió la marcha por el corredor, bajando por la escalera de servicio de atrás y a través del garaje, hasta llegar a un reluciente Fleetwood negro, cuyo poderoso motor estaba a la expectativa. Otros dos hombres salieron de entre las sombras; eran grandes, de aspecto amenazador, sobresalientes por encima de las estaturas medianas de Gómez y Burke.

–¿Cuál de los dos es Burke? –preguntó una voz ronca.

–Yo soy Harland Burke –respondió éste y una diminuta linterna eléctrica le iluminó el rostro durante unos instantes y luego se apagó.

–¿Gómez?

–*Coronel* Gómez.

Como única respuesta obtuvo la identificación por medio de la linterna. Y algo extra.

–Aparte los brazos.

–¿Que aparte mis brazos? No sea ridículo.

–Apártelos bien.

–¡No lo haré!

–Rafael... –dijo plañideramente Harland Burke y Gómez le lanzó una mirada de furia. Pero luego, pese a un resoplido de ira, apartó los brazos y se sometió a un cuidadoso registro. El que los registraba extrajo una pistola automática de aspecto poco impresionante oculta en una funda ajustada al cinturón.

–Ahora usted –y Burke se sometió al registro del que no surgió arma alguna, pero en el que fué aliviado de un

encendedor de mucho precio.

–¿Por qué me saca eso?

–Hemos visto su catálogo, Mr. Burke. Usted hace armas de fuego de cualquier cosa.

–Bueno, ¿y para qué querría yo un arma de fuego?

–¿Y por qué trae una su amigo? Bueno, suban al coche.

Burke se dispuso a obedecer. Gómez se quedó inmóvil.

Burke se volvió hacia él.

–Esta es sencillamente la manera en que hace las cosas Cashman –dijo con voz lisonjera–. Tome las cosas con buen humor.

Pero el jefe del Estado Mayor del Ejército Nacional no era hombre de aceptar bromas a nadie.

–¿Qué tengo yo que hacer con esa basura? –preguntó.

–Acomódese donde le guste –dijo el de la voz ronca, sin hacer caso, y junto con su compañero se dirigieron hacia el coche.

–Rafael..., ésta puede ser su última oportunidad.

Las palabras de Burke produjeron un efecto catalítico. El coronel levantó los hombros y avanzó decidido hacia el Cadillac, abrió la puerta de atrás y se acomodó dentro, con un gran despliegue de importancia. Burke lo siguió, se acomodó en un rincón del asiento y el coche negro salió rápidamente a la carretera y dobló hacia el sur.

Pasaron minutos y con ellos cada segundo de silencio resultaba más incómodo. Finalmente Gómez abrió el fuego.

–¿Qué dijo usted que era... este Cashman?

–Es un empresario –dijo Burke, en un tono como si tampoco él supiera de qué se trataba.

–¿En qué forma gana su dinero?

–Tiene... este... diversas inversiones.

–¿En qué?

–Bueno, se mete en negocios inmobiliarios. Y tengo entendido que es dueño de un *night club* muy acreditado en Miami Beach.

–El movimiento está logrando algunas extrañas adhesiones. ¿Qué espera sacar su amigo por su dinero?

–Yo nunca he dicho que Cashman sea mi amigo –dijo rápidamente Burke–. Y en cuanto a lo que él espera sacar... bueno, para eso vamos a verlo.

El coronel gruñó y se hundió de nuevo en profundo silencio. El poderoso coche avanzaba velozmente en la noche por la Ruta 1 cual si fuera su carretera particular, luego aminoró la marcha en las afueras de Delray Beach y finalmente se detuvo ante la entrada de una casa a oscuras y aparentemente vacía. Los dos de delante abrieron las puertas a sus pasajeros.

–Él está adentro –les dijeron mientras se acercaban al lugar, en el que se divisaba una tenue luz por entre las cortinas bajadas. Al darse un golpe en la puerta, ésta se abrió. Gómez, Burke y su conductor entraron. El cuarto hombre quedó apostado afuera.

Ya había allí otros tres: el portero, uno que estaba con los brazos cruzados sobre el pecho, junto al bar, y un hombre macizo, de vigorosa apariencia, sentado a una mesa redonda en el centro de la habitación. Toda su atención se concentró en Gómez, con ojo avizor, y en ese momento pareció haberse iniciado una instantánea lucha de voluntades.

–¿Cómo está usted, Mr. Cashman? –dijo tanteando Harland Burke.

–Muy bien –dijo Johnny Cashman, sin dejar ni por un instante bajar su mirada.

–Tengo el placer de presentarle al coronel Rafael Gómez. Coronel, le presento a John Cashman.

Cashman no se movió de su silla. El coronel se quedó donde estaba. Desde una distancia de tres metros se miraron de arriba abajo, de un lado el norteamericano corpu-

lento, fanfarrón, de rostro arrogante y cabello gris acerado cortado casi al rape y del otro el latinoamericano rechoncho, de ojos muy vivos, cabello negro y piel olivácea, con trazas de ascendencia indígena en su nariz achatada y sus pómulos salientes.

–Tome asiento, coronel –dijo Cashman, y prácticamente fué una orden. Luego, cual si lo hubiera aconsejado un pensamiento más prudente, agregó–: Póngase cómodo, *amigo*. Es muy tarde para estar de pie.

Gómez hizo un gesto de desagrado ante el protector *amigo*, pero avanzó hacia la mesa. Harland Burke llegó a ella primero, apartó una silla con deferencia hacia el militar y se sentó en otra.

–Es tarde –dijo Burke dirigiéndose a ambos–. ¿Qué les parece si entramos en materia?

–Encantado –dijo Cashman, sonriendo ampliamente a Gómez–. He oído decir que usted se dedica al negocio de las revoluciones, coronel.

–No creo que pueda llamársele negocio –dijo Burke echando una mirada nerviosa al latinoamericano de fácil combustión–. El coronel Gómez está pronto a dar su vida por libertar a sus conciudadanos.

–Sí, claro –dijo Cashman–. Pero quiere que yo dé el dinero...

La mano regordeta del coronel cayó ruidosamente sobre la mesa.

–Basta ya –gritó, apartando su silla y poniéndose de pie–. Burke, usted debe estar loco para pensar siquiera que yo pueda asociarme con semejantes de este insolente asno. ¡Vamos!

–Siéntese y tranquilícese, Juancito –le dijo Cashman con tirantez–. Nadie se va antes de que yo lo haga.

–Por favor, Rafael –imploró Burke–. Mr. Cashman es la llave de todos sus planes. Créamelo.

–Créale al hombre, coronel, pero no haga que yo me le eche a usted encima. Usted está aquí con las dos manos

tendidas, y si realmente se propone con seriedad poner fuera de combate a su colega, lo mejor que puede hacer es tratar amablemente a su cajero.

Con gran esfuerzo Gómez dominó su temperamento levantisco. Sacó un cigarro del bolsillo del sobretodo y lo encendió con deleite.

–Mr. Cashman –dijo–, ¿tiene usted *realmente* un millón de dólares norteamericanos para gastar?

La mandíbula cuadrada de Cashman saltó hacia adelante.

–¿Un *millón*? –dijo como un eco–. ¿Quién demonios está hablando de un millón? –Y el rostro escabroso, formidable, del hombre se volvió violentamente hacia Harland Burke–. Usted dijo quinientos mil. Usted afirmó que eso sería suficiente.

Burke pareció encogerse.

–Oiga... este... ha habido algunas... este... dificultades imprevisibles –dijo tartamudeando–. El... este... coronel ha cambiado su plan. Los acontecimientos deben producirse a un ritmo más rápido. Para que mi fábrica pueda hacer frente al nuevo plan, será necesario trabajar horas extras y pagar precios especiales para todo cuanto esté relacionado con la operación.

–He pedido informes, Burke –dijo Cashman–. Usted es presidente del directorio de una compañía que está en las últimas...

–¡Esa es una mentira calumniosa! Burke Arms & Ammunition está en las mejores condiciones...

–Usted está en la vía, hermano. Necesita hacer este negocio como el maná, para zafarse de la cárcel.

–¡Eso es ridículo! –protestó Burke, pero lo hizo con demasiada preocupación y sin convencimiento alguno.

–Eso es muy interesante –dijo el coronel Gómez, volviendo su mirada penetrante hacia el fabricante de municiones–. Me extrañaba que un hombre con tal despliegue

de riquezas pudiera humillarse como usted lo hace. Bueno, ¡vamos!

–Vuelva a poner el precio a tiro, Burke –dijo Cashman.

Burke sacudió la cabeza. Y lanzó un profundo suspiro de alivio.

–Estoy en deudas –dijo débilmente–. La compañía está en dificultades. Pero aún a un millón... con las cantidades que el coronel quiere, la velocidad... aún a un millón la ganancia es muy pequeña.

–Entonces haga usted una reducción –dijo Cashman al coronel Gómez–. Compre lo que necesita para la tarea. No haga fantasías.

–No va usted a decirme qué es lo que necesito –le retrucó Gómez–. Soy jefe de Estado Mayor del Ejército. Sé lo que necesito para derrotar a ese ejército.

Cashman se encogió de hombros.

–Dispongo de medio millón para meter en este negocio. Ando un poco escaso de fondos.

–Y yo necesito lo que he pedido a Burke. Hasta el último cartucho.

–Entonces, usted es el que debe decidir, compañero –dijo Cashman al presidente del directorio–. Baje sus precios u olvídense del asunto.

Burke, angustiado, se pasó temblorosamente la mano por los ojos.

–Lo más que puedo hacer –les dijo–, lo absolutamente mínimo, es setecientos cincuenta mil.

Dió la impresión de que hablaba con sinceridad. Cashman lo miró agriamente y se restregó la mandíbula poblada. Gómez inhaló de su cigarro, arrojó otra nube de humo.

–Es posible –dijo–, bastante posible, que obtenga el apoyo de la aviación de una nación amiga de mi causa. Es un juego peligroso, pero me permitiría reducir mi pedido en cien mil dólares. Antes arriesgaría eso que correr el peligro de recibir armas de inferior calidad.

Cashman estudió a ambos y se decidió.

–Entonces parece que el Ministro de Hacienda tendrá que desenterrar un cuarto de millón extra. ¿Para cuándo lo necesita?

–Dentro de una semana –dijo ansiosamente Burke.

–Oh, vamos...

–Una semana, Cashman –le dijo Gómez–. Ha habido un atraso en nuestros planes. Aún tengo la confianza del maldito dictador, pero cada veinticuatro horas que pasan debo confiar en alguna nueva persona de influencia. Se sospecha ya de algunos de mis ayudantes... –Otra idea le vino a la cabeza y se volvió hacia Harland Burke–. Lo que me hace recordar que... ¿cómo demonios se le ocurrió invitar esta noche a Máximo? No solamente es el hombre más sospechoso que haya conocido en mi vida, sino que es mi mayor enemigo personal.

–Agnés distribuyó las invitaciones –dijo Burke, a la defensiva–, y me imagino que habrá pensado que el Cónsul debía estar lógicamente allí.

–Ese hombre es un escuerzo –dijo Gómez–. Tenemos que vigilarlo muy atentamente...

–Está bien, muchachos, volvamos al asunto –dijo Cashman con impaciencia– y esas otras cosas arréglenlas sin que yo tenga que perder tiempo.

Gómez lo miró con desagrado.

–Tal vez la suya sea una buena sugerión, Mr. Cashman. Y volviendo *al asunto*, ¿cuál cree exactamente que será la retribución por su aporte?

–¿Qué, es que Burke no se lo dijo?

–No, no me ha dicho nada –respondió Gómez y ambos volvieron a mirar a Burke, inquisitivos y sin misericordia.

–Bueno, dígaselo –dijo Cashman.

–Yo no estoy... este... completamente seguro de lo que usted quiere.

–Basta –dijo Cashman–. Con eso compro el derecho a manejar las casas de juego de su país.

–¿Una más? –preguntó Gómez, echándose hacia adelante, tan sorprendido que hizo la pregunta en castellano.

–Todo el juego –repitió Cashman–. La bolita, las carreras, el juego de dados en los muelles, las mesas de ruleta en los casinos...

–Pero usted se dedica a la propiedad inmobiliaria. Creí que su inversión iba a estar destinada a la construcción de viviendas.

Cashman sacudió la cabeza con impaciencia.

–Esa máscara de propiedad inmobiliaria es el disfraz ante el Tío Sam. Una defensa contra los impuestos.

–¿Pero a qué se dedica usted? ¿Cómo ha hecho para llegar a tener tres cuartos de millón de dólares?

–Soy levantador de apuestas. ¿Qué demonios creía usted que era yo?

Gómez empezó a reírse, tan fuerte que se sofocó con el humo del cigarro.

–¡Un redoblono! –dijo–. Usted recibe apuestas...

Cashman saltó de la silla y se abalanzó, adelantando la cabeza y los hombros, sobre el coronel.

–Yo no apostaré a su favor en este momento –dijo y Gómez dejó de reír.

–Caballeros, caballeros –intervino Burke–, estamos en una causa de interés mutuo. No perdamos de vista nuestro objetivo.

–Jamás nadie se ha reído de mí –dijo Johnny Cashman –; no hay nada de cómico ni en mí ni en mis negocios.

–Mil perdones –dijo el coronel con poca convicción–, pero dígame, ¿en qué forma piensa “comprar” las casas de juego de mi país?

–Dirijo una organización denominada Asociados de la Costa Oriental –dijo Cashman volviendo a ocupar su silla –; nos estableceremos en su país y explotaremos las casas

de juego sobre la base de porcientos. Digamos a diez centavos por dólar.

–¿Y cuánto piensa ganar?

–Oh, me imagino que recuperaré mi inversión.

–¿Lo cree? ¿A razón de diez centavos por dólar?

–Es un riesgo, naturalmente.

–Pero, ¿y la gente que está actualmente al frente de las casas de juego?

–Usted se encargará de la competencia, *el presidente* –le dijo rudamente Cashman–; usted se echará sobre ellos.

–Ya veo –dijo Gómez y se quedó pensando durante un largo instante. Luego hizo un gesto de asentimiento con la cabeza–. Está bien, Mr. Cashman. Trabajaremos juntos. ¿Tendrá Burke el dinero dentro de una semana?

–De una semana a diez días.

–Bueno.

Cashman los acompañó hasta la puerta, se quedó allí observándolos mientras subían al Fleetwood negro y se alejaban velozmente hacia Palm Beach.